

**PLAZA PÚBLICA, DIÁLOGO Y MEMORIA CIUDADANA**  
**LA “REFLEXIÓN” COTIDIANA DE HUMBERTO GIANNINI**

EVA HAMAMÉ AHUMADA

Universidad Diego Portales

eva.hamame@udp.cl

**RESUMEN**

Este artículo es un ejercicio de análisis del Interloquio ‘La Plaza’ que aparece en *La “Reflexión” Cotidiana. Hacia una arqueología de la Experiencia*, cuyo autor es Humberto Giannini.

A través de la remembranza del rito del encuentro civil que ocurría en la plaza pública en los años setenta del siglo pasado, el intento de este análisis es poner de manifiesto la importancia que adquiere la plaza pública como lugar que invita al diálogo y posibilita la activación de la memoria ciudadana. Se desea sugerir la necesidad de recuperar ese espacio en el que los ciudadanos pueden ser activos participantes de la *polis*.

PALABRAS CLAVE: Plaza pública – Transgresión – Memoria ciudadana – Reflexividad – Diálogo.

En *La “Reflexión” Cotidiana. Hacia una arqueología de la Experiencia*, el Profesor Giannini introduce dos apartados que titula de un modo peculiar, evidenciando así su diferencia cualitativa y cuantitativa con los demás capítulos. Los denomina Interloquios I y II.

En este artículo nos referimos al primero de ellos, ubicado entre los capítulos II y III, que se titula *La Plaza*.

Los objetivos de esta reflexión son dos. Por una parte, analizar este *Interloquio* para ponernos de acuerdo en su contenido, identificando conceptos e ideas y la relación entre ellos.

En este análisis incorporo, además, una perspectiva que denomino *descriptiva del diseño arquitectónico de la plaza como espacio civil*.

A partir de ello obtendremos ciertas categorías que nos permitirán lograr el segundo objetivo, esto es, reflexionar sobre el sentido de la plaza pública, como lugar de diálogo y memoria ciudadana.

El método consistirá en viajar en el tiempo hasta una plaza de un pueblo cercano a Santiago, en el Chile de los años setenta del pasado siglo, época que menta Giannini. Retrocederemos en el tiempo usando esas categorías conceptuales como método de aproximación, para intentar develar de qué modo la plaza es una invitación a la comunicación, un espacio de pausa, reflexivo, que activa y despierta la memoria ciudadana.

La primera pregunta que parece necesario responder es: ¿Por qué los interloquios tienen esta categoría en el contexto del libro, un nombre distinto?

Giannini viene en nuestra ayuda, al definirlos como:

(...) una suerte de pausa: algo que por ser más suelto, más narrativo más conversacional y breve que un capítulo, hemos denominado interloquio (Giannini, 2013, p. 20).

Hacia el fin del prólogo, agradece a sus amigos -Cecilia Sánchez, Adriana Valenzuela y Tirso Troncoso- con quienes reflexionó sobre la plaza y el bar chilenos. Allí afirma que los interloquios son, en alguna medida, producto de esas conversaciones.

Más adelante agrega:

Cada uno de estos interloquios habla de una realidad por la que “se quiebra” [enfaticado con comillas] de alguna manera el mero transitar cotidiano a lo largo de su estructura espacio-temporal (Giannini, 2013, p. 20).

¿En qué sentido para Giannini la plaza es una posibilidad de transgresión, de quiebre?

Se trata de una transgresión tanto espacial como temporal.

Es espacial en cuanto quiebra la linealidad del diseño material de la calle. Al llegar a la plaza, la calle se abre, rompiendo la sensación de pasillo propia de una calle, particularmente las más estrechas.

Es una transgresión temporal, porque la plaza es un espacio que permite romper con los quehaceres habituales. Su cualidad transgresora, entonces, consiste en ser un espacio de pausa que quiebra la linealidad de la rutina.

Un ejemplo de esta transgresión temporal y espacial es lo que sucedía en los pueblos chilenos durante los años setenta del siglo pasado: el domingo, íbamos a la plaza sólo para disfrutar con amigos y amigas, marcando el término del fin de semana y el inicio del ciclo semanal. Igualmente, durante la semana, la plaza posibilitaba el encuentro fortuito que permitía romper con las obligaciones rutinarias y sentarse simplemente a charlar, dialogar, discutir, y descubrirse así en la mirada del otro, como diría Platón en Alcibíades.

Por ello el autor afirma que en este libro, *La Reflexión Cotidiana*, “se examinan, más bien, modos de transgresión que significan una especie de *rescate* del tiempo –y de unos seres- perdidos o dispersos en la línea sin regreso de la rutina.” (Giannini, 2013, p. 51)

El Profesor Giannini comienza este Interloquio recordando la visión orteguiana que concibe al ser humano no como naturaleza sino como historia, es decir, como proyecto de ser. Esta visión -dice el Profesor- fue rápidamente acogida por los intelectuales de América, porque de algún modo los pueblos de este continente experimentamos la vida propia y de los demás “como disponibilidad permanente e incondicionada para el futuro.” (Giannini, 2013, p. 73)

Eduardo Galeano expresa –en otro contexto- esta misma idea, pero a su modo: “Los científicos dicen que estamos hechos de átomos, pero a mí un pajarito me contó que estamos hechos de historias”<sup>1</sup>. En las teorías contemporáneas sobre identidad, la premisa sobre la historia narrada posee relevancia especial en cuanto, para responder quién soy, cada uno articula una narración que corresponde a la percepción subjetiva de las propias experiencias. Se trata entonces de una interpretación de acontecimientos, emociones y deseos, que se configuran en torno al proyecto o sentido que atribuimos a cada elemento de la historia contada, en la que somos protagonistas.

Esas historias se constituyen de diversos elementos; uno de estos elementos son los ritos. En este Interloquio el Profesor denomina:

Rito del “encuentro en la plaza”, [a aquel] que dominó hasta la mitad del presente siglo [siglo XX] en la provincia chilena. A la salida de misa, los domingos, la gente mayor, elegantemente ataviada, “endomingada”, se paseaba solemne, saludando con el sombrero en alto, a diestra y siniestra, al compás de viejos aires interpretados por el orfeón del lugar. Al atardecer cambiaba el espectáculo humano: ahora eran alegres muchachas las que circulaban en grupos –vuelta y vuelta- dejándose admirar y piroppear por enjambres de galanes (Giannini, 2013, p. 81).

---

<sup>1</sup> Entrevista realizada por Violeta Medina a Eduardo Galeano, en mayo 2012, a propósito de su gira por España para el lanzamiento de *Los Hijos de los Días*, Siglo XXI.

El acento de este rito, de este ceremonial que repite invariablemente una comunidad cultural, está en el encuentro entre personas que, en el contexto que refiere Giannini, pertenecen a los mismos grupos etareos. De día, gente mayor; al caer la tarde, gente joven. El rito de este encuentro cara a cara abre la posibilidad de poner en común los asuntos comunes.

¿Cómo entender lo común? Esposito, en *Communitas*, señala que en todas las lenguas neolatinas “común” es aquello que comienza donde lo propio termina. *Munus*, explica Esposito siguiendo a Benveniste<sup>2</sup>, expresa un don que se da porque se debe dar, es decir, es una deuda, aquello que no se puede no dar. Por tanto, “comunidad es el conjunto de personas a las que une, no una propiedad, sino un deber o una deuda.” (Esposito, 2003) Benveniste afirma lo siguiente: “una vez que alguien ha aceptado el *munus*, está obligado (*onus*) a devolverlo, ya sea en términos de bienes o en términos de servicios (*officium*)” (Benveniste, 1983, XI).

Se trata entonces de un don particular que implica un deber. El *munus* instala la idea de reciprocidad que se deben unos a otros. Es el don mutuo que los comprometidos se adeudan. Por ello es que se puede afirmar que los comprometidos forman una comunidad; pero no se trata de la comunidad de una propiedad, sino de un deber, una falta o una deuda.

La plaza es el espacio de lo público, donde a través de la palabra, de la comunicación, los asuntos humanos se resuelven, complican o inician, dando lugar a este modo de vivir social y político que va constituyendo nuestra identidad como ciudadanos, como personas que pertenecen a una comunidad específica a la que unen ciertos acuerdos ancestrales y cuyos problemas le conciernen.

---

<sup>2</sup> Benveniste, Emile (1983), *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid: Taurus, pp. 63-65

El rito fue cambiando con el paso del tiempo, pero se mantuvo durante todo el siglo XX. En efecto, los y las estudiantes del Liceo Mixto Fiscal de Melipilla, entre los bullentes años 72 a 75, iban a la plaza del pueblo con sus compañeros y compañeras de curso cuando un profesor faltaba a clases. Y, claro, la plaza era lugar obligado e infaltable el día domingo después de misa. De modo que la experiencia del *rito del encuentro en la plaza* es parte de la historia de esas generaciones.

Si observamos en retrospectiva esa plaza, aparece lo que bautizo como *un diseño arquitectónico para el encuentro*. En efecto, una plaza típica posee un diseño concéntrico-circular, construido para propiciar el encuentro entre las personas.

No se trata, en esta lógica, ni de orden ni de caos, sino de la configuración de un espacio para ser ocupado simultáneamente por distintos grupos humanos. Por su diseño arquitectónico, la plaza ofrece diversos espacios que posibilitan encuentros de distintas gradaciones, desde los más públicos y populosos, hasta otros que albergan menos personas, pero no por ello pierden el carácter público.

Revisemos el círculo periférico, esa explanada dispuesta para el paseo, que invita a dar vueltas por la plaza. Los liceanos adolescentes de la primera mitad de los años setenta, escuchaban a los adultos de la época contar que antiguamente imperaba una costumbre sorprendente: daban vueltas por la plaza según un esquema tradicional. Los hombres circulaban en un sentido y las mujeres, en sentido contrario, lo que facilitaba el cruce de miradas, los saludos, los encuentros.

En los años setenta obviamente esa costumbre ya no existía. Aun así, el diseño arquitectónico que incitaba a dar vueltas por la plaza propiciaba del mismo modo el

encuentro con conocidos, amigas y amigos, compañeros y compañeras de curso, o el cruce de miradas con esa persona tan especial.

Sin embargo, el *diseño arquitectónico para el encuentro* no terminaba en el círculo periférico, sino que, al avanzar hacia el centro esa plaza invitaba a encuentros de grupos más pequeños. Físicamente aparecían caminos dibujados con setos, que llevaban a recodos. Había callecitas estrechas que cruzaban la plaza de manera zigzagueante, formando recovecos en las esquinas, que creaban lugares ideales para el encuentro de pocas personas, los amigos, un grupito del curso.

El suelo de esos caminos laterales a veces era de tierra, tal vez para desincentivar el acceso y propiciar así un cierto grado de intimidad para quienes allí se instalaban. Había escaños dispuestos en los recodos o a la orilla de estos caminos, que facilitaban la conversación entre unos pocos integrantes.

Pero había aún un tercer nivel en este *diseño arquitectónico*, que propiciaba el encuentro, por ejemplo, entre dos personas: una pareja. Eran las pequeñas glorietas, casi al centro de la plaza o diseminadas por los pasajes, lejos del orfeón o los juegos de ajedrez. Esas glorietas se prestaban para resguardar el primer beso adolescente. O el beso furtivo de los amantes.

En la plaza de esos años se celebraban también las fiestas populares: fiesta de la primavera, aniversario del Liceo y del pueblo, el 21 de mayo y otras similares. La plaza era asimismo el lugar donde se reunía el pueblo para manifestar sus demandas en esos años setenta.

Tenemos entonces que esa plaza pública posibilitaba distintos tipos de reuniones. Y es en esa clase de encuentro donde nace la experiencia de conciudadanía y se gesta la memoria ciudadana.

Volvamos al Interloquio del Profesor Giannini, cuando se detiene en el *gesto fundacional* de los europeos que llegan a América, gesto que equivale a una autoafirmación. Un gesto que quiere crear “sin más supuestos que los que carga y trae la subjetividad del descubridor.” (Giannini, 2013, p. 75). Se trata de una acción de la voluntad humana, que confía en su ingente poder, y toma su fuerza de ideas preconcebidas, que vienen a ser como lentes que desfiguran lo percibido. “(...) más que un descubrimiento, una invención de sí” – agrega Giannini (Giannini, 2013, p. 75). El deseo de llenar de sí el nuevo lugar se inicia justamente con la fundación de la Plaza Mayor, que representa el centro imaginario de la nueva civilización.

La plaza se rodeará de los edificios que simbolizan el poder temporal, tales como la gobernación, la municipalidad. Pero también estará rodeado de construcciones que simbolizan el poder espiritual, como la iglesia. Asimismo, en esa plaza se instalarán los límites institucionales de la ciudad: la horca y la cárcel. De este modo se configura el inicio de la “historia civil de la ciudad hispanoamericana” (Giannini, 2013, p. 76).

Pero el Profesor Giannini en este interloquio no quiere hablar de la plaza fundacional, sino “del sentido del transitar cotidiano” (Giannini, 2013, p. 76) que posee toda plaza, vale decir, del espacio y tiempo civiles que ocurren y son posibilitados por ella, en virtud de su existencia.

Desde esta perspectiva espacio-temporal, la plaza posee una “función eminentemente reflexiva” (Giannini, 2013, p. 76).

La connotación del término ‘reflexiva’ es espacial, no psicológica: “(...) porque [el ser humano] *a través de otras cosas*, regresa constantemente a un mismo punto de partida.” (Giannini, 2013, p. 17). Vale decir, la plaza es el lugar concreto de retorno y restauración de un pasajero que continuamente vuelve a partir (Giannini, 2013, p. 77).

Paul Ricoeur, en el Prefacio del libro, afirma: “(...) la reflexión consiste en ‘ser afectado por lo que pasa’. Lo que pasa es un poder que adviene y despierta al yo para sí mismo” (Giannini, 2013, p. 15).

En tal sentido, la reflexión –para el Profesor Giannini- posibilita la libertad, que no es algo dado, sino aquello que necesita ser despertado mediante lo que recogemos en la experiencia común, eso que nos afecta. Sólo así se evidencia la libertad, mediante este movimiento de apertura a la pluralidad. La reflexión, en este sentido, es siempre una acción colectiva, por tanto, inherentemente conflictiva.

¿Sobre la base de qué argumentos Giannini sostiene la reflexividad de la plaza?

Su primer argumento es que en la plaza pública la comunidad se congrega habitualmente para tratar asuntos comunes: preocupaciones políticas, ideas contrapuestas, posiciones antagónicas.

En la conversación, la discusión, en definitiva en la comunicación tomamos conciencia de lo que ocurre, abrimos nuestro mundo subjetivo a la experiencia común, integramos lo ajeno, lo diferente. La experiencia común, dice el Profesor Giannini, es “el pensamiento y *el mundo ya hecho* de los otros” que “en el lenguaje que recibimos nos viene

transferido.” “A esta transferencia tranquila, sin sobresaltos, de ‘un mundo’ a través del lenguaje es lo que llamamos *experiencia común*”<sup>3</sup>.

La plaza pública, al decir de Vernant, era el espacio civil central (Vernant, 2011: 11), vale decir, ese espacio de encuentro en un lugar que es de todos y de nadie, que a todos pertenece, en el que todos por igual tenemos derecho a comparecer, a estar, a quedarnos cuanto tiempo queramos.

El segundo argumento que presenta para sostener la reflexividad de la plaza es que se construye rodeada de las instituciones que hemos inventado los seres humanos para poder habitar juntos, sin matarnos mutuamente, y en virtud de las que nos reconocemos unos a otros como conciudadanos, que habitamos este espacio común que es la ciudad, regidos todos por las mismas reglas.

A ello se refería el término ‘isonomía’, propio de la democracia ateniense. Isonomía significa que las leyes son iguales para todos, vale decir, establece una igualdad jurídica entre los ciudadanos. Es así como en la democracia ateniense la ley se entiende como rectora de todos, que afecta y se aplica a todos por igual. Como decían los romanos: “Todos somos esclavos de las leyes para poder ser libres” (*Omnnes servi legum sumus ut liberi esse possimus*)

Ese era el sentido del ágora ateniense, del foro romano, de las plazas medievales. Un espacio que daba lugar a la experiencia común, o más bien, a vivir experiencias como comunes. La plaza, en tal sentido, es el espacio que nos iguala bajo la categoría de conciudadanos.

---

<sup>3</sup> Giannini, “Acerca de la rectitud de los nombres” Ensayo sobre el Cratilo.

El tercer argumento sobre la reflexividad de la plaza es que ella invita a escapar del tiempo y el diseño lineal, propios de la calle y del trabajo. Es un solaz que permite detenerse bajo la sombra del árbol y ‘poner las cosas a distancia’ al salir de la mundanidad, alejarse del ajetreo de la ciudad.

### ¿POR QUÉ LA PLAZA VUELVE REFLEXIVAS A LAS PERSONAS?

Dijimos que la plaza, por su diseño, es un lugar que propicia el encuentro. Un lugar que invita a detenerse en el camino, en este espacio público que, por su verdor, por estar en medio de la ciudad o del pueblo, se convierte en un oasis, con asientos, setos, árboles que regalan su sombra a los transeúntes. Un espacio para hacer una pausa, necesaria y constitutiva del diálogo. Las personas se encuentran en este espacio idóneo para entablar una conversación o una discusión. Para dialogar sobre asuntos que son comunes.

Para responder la pregunta sobre la reflexividad que promueve la plaza, e interpretar al Profesor Giannini, me inspiro en las siguientes líneas de la Ilíada de Homero: “Después de altercar así con encontradas razones, se levantaron y **disolvieron el ágora** que cerca de las naves aqueas **se celebraba**” (Homero, La Ilíada, Canto I: 304. Peste – Cólera).

Esta cita sugiere que el ágora no es un lugar físico, sino un espacio que surge cuando ocurre un encuentro concertado entre personas que quieren deliberar. Ágora es el encuentro que implica un altercado, intercambio de opiniones, intento de persuasión mutua. El ejemplo modelo para esta acepción del término es la asamblea ateniense.

Y la etimología lo confirma: El término griego *ágora* generalmente se refiere a reuniones para deliberar asuntos políticos y/o jurídicos. Es la acción de reunir. Se trataba no de un lugar físico como la plaza, sino del lugar simbólico que aparecía, al que daba origen una reunión de personas que querían discutir acerca de asuntos que concernían a todos. Esos asuntos comunes se pueden traducir a las preguntas: ¿Cómo nos organizaremos para tener una buena convivencia? ¿Qué reglas nos comprometemos a respetar para vivir juntos y no aniquilarnos unos a otros, no abusar unos de otros, no regirnos por la ley de la selva?

Me gusta pensar que las paredes de las primeras ciudades simbolizaban justamente este acuerdo: aquí, dentro de estas paredes viviremos con reglas que acordemos juntos, no imperará la ley del más fuerte, que es la impronta de la ley natural. Viviremos de un modo diferente al resto de las criaturas.

De esta acepción del término *ágora* deriva “lugar de reunión”, y luego, plaza.

En el Canto II, Verso 275, Homero se refiere al *ágora* como a la acción de hablar en público. Luego, en el Canto IV, Verso 400, le da la connotación de actividad opuesta a la guerra.

Estas tres connotaciones forman parte del término *ágora* y lo complejizan: El *ágora* es el lugar donde se reúnen los conciudadanos, se comunican y hablan en público.

Dialogar, discutir, conversar es para Homero lo opuesto a la guerra, aunque Lakoff (1998) diría que la metáfora sobre la que se construye la discusión, es la guerra.

En palabras del Profesor Giannini:

Este espacio, civil o público, no es la espacialidad pura, delimitada físicamente, dentro de la cual ocurren las acciones humanas, sino aquella que se genera en virtud de las acciones

humanas mismas, en cuanto son comunicativas, y que justamente por serlo, hacen de ese espacio de convergencia un espacio semántico: polarizado, conflictivo, tenso y en perpetuo estado de interpretación (Giannini, *El espacio público*, 23-30).

Nancy afirma que la existencia en común no es identidad ni estado ni sujeto. El ser-en-común o ser-juntos –al decir de Nancy- “afecta al ser mismo en lo más profundo de su textura ontológica”. E insiste con fuerza: “nosotros existimos indisociables de nuestra sociedad.” (Nancy, Jean-Luc, en: Esposito, *Communitas*, 2003, p. 12).

Para Nancy, “(...) decir «nosotros» en el momento en que esta posibilidad parece desvanecerse en un «se», o en un «yo», ambos igualmente monstruosos y anónimos.” (Nancy, Jean-Luc, en: Esposito, *Communitas*, 2003, p. 13) De este modo el autor pone de relieve la importancia de considerarnos parte de un nosotros, de una comunidad, de una ciudad.

Para el profesor Giannini la plaza posee tanto una condición de apertura física (donde se abre la calle, dice) como una condición simbólica: para que ocurra la reflexión es necesario el ocio, ese ocio que dio origen a la filosofía. La condición es no estar atrapado en lo contingente, ni en ganarse la vida, ni en un objeto o una tarea: “(...) poner distancia a fin de lanzar la mirada más allá de lo que nos ocupa, lanzarla hasta lo otro, lo que simplemente se presenta en la apertura de esa pausa” (Giannini, 2013, p. 75).

Recordemos a Sócrates, en el ágora ateniense, ejerciendo su oficio de tábano, incomodando con sus preguntas al ciudadano inquieto, jóvenes muchas veces, que gustaban dialogar con este hombre inquisitivo, inteligente, audaz para pensar. Era el apogeo de la democracia en Atenas, cuando el diálogo se instaura como espacio para discutir acerca de

la ciudad, de su organización política, de su sentido, de los conflictos éticos que surgen o pueden surgir en el encuentro entre las personas.

“Todo aquí en la plaza -dice casi al concluir el interloquio- es narración y retención de la temporalidad” (Giannini, 2013, p. 82). Y es justamente esa acción narrativa a la que incita la plaza, esta acción de dialogar, discutir, disentir, acordar y retener, lo que articula una memoria ciudadana

Se dice que la memoria es una construcción plural, conflictiva, controvertida, compleja y dinámica, que incorpora distintas maneras de percibir, comprender y recordar el pasado. Por ello no puede existir una memoria pública única, es imposible una memoria oficial. Más bien es un diálogo abierto, como diría Durán<sup>4</sup>, que incorpora distintos modos de percibir.

Claudio Durán, en un escrito inédito, denomina ‘diálogo abierto’ al tipo de diálogo que comienza con una interrogante cuya respuesta se busca encontrar en este ejercicio de escucha mutua, sin intentar imponer una verdad. Durán afirma:

No hablo del diálogo Socrático que se refiere sobre todo a lo que acontece en la academia. Hablo de diálogos abiertos. Es posible que algunas dimensiones del diálogo Socrático sean operativas, como por ejemplo, la clarificación de conceptos. Pero esta no tiene por qué ser compulsiva como aparece en los diálogos de Platón. Eric Fromm alguna vez se refirió a este asunto: decía él que en un diálogo, que yo llamo aquí abierto, aun la clarificación de conceptos se puede dar como contribución a entender y no como crítica o *put down*. En todo caso, en los

---

diálogos abiertos la expresión de emocionalidad es fundamental. En rigor, se trata de un juego multi-modal, que envuelve intuiciones, emociones, lógica y fisicalidad (Duran, m.i.)<sup>5</sup>

En estos tiempos, cuando la plaza pública pareciera que ya no cumple la función de reunir a las y los conciudadanos para tratar asuntos comunes, el profesor Giannini nos convoca al ágora; nos invita y enseña precisamente a dialogar de esa manera abierta, al decir de Durán.

Giannini tenía y tiene -a través de sus libros y artículos- ese modo sugerente de proponer ideas para abrir un espacio de reflexión, en el que todas las personas que estaban presentes participaran activamente. Un espacio de escucha activa, de construcción de conocimiento en ese diálogo, en esa discusión, en ese poner en cuestión ciertos supuestos que no hemos revisado, creencias que consideramos verdaderas, prejuicios que parecen naturales. Sin embargo Giannini no sólo tenía disposición a la escucha activa y empatía intelectual, sino que siempre estuvo abierto a la disensión, el *Sed Contra* como solía llamarlo en nuestras reuniones de investigación. El diálogo abierto que propone el profesor Giannini posibilita que cada estudiante, cada lector, coinvestigador, amigo o invitado desarrolle esta capacidad reflexiva y creativa en un ambiente amable, respetuoso y generoso, donde el conflicto no se evade, sino que se incorpora porque es inherente al cohabitar propio de la vida política y social.

Por ello parece necesario recordar la siguiente invitación del profesor Giannini: “(...) la reflexión, desde un punto de vista comunitario, es la posibilidad siempre allí de un reencuentro ciudadano” (Giannini, 2013, p. 78).

---

<sup>5</sup> Véase: Gilbert, Michael (2012), “Argumentación multimodal”, RILL (Revista del Instituto de Investigaciones Lingüísticas y Literarias Hispanoamericanas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán) 17 (3): 45-57, Argentina.

Esta invitación puede ser comprendida desde esa acepción primigenia del término *ágora*, es decir, ese espacio que surge justamente cuando se encuentran las personas que quieren deliberar. Recordar que tenemos la oportunidad siempre presente de convertir un espacio cualquiera en una plaza pública, en la que se converse, discuta o polemice acerca de los asuntos comunes que involucran a cada ciudadano y a cada ciudadana.

## **Bibliografía**

Giannini, Humberto (2013), *La Reflexión Cotidiana. Hacia una arqueología de la Experiencia*. Santiago de Chile: Ed. Universidad Diego Portales.

Giannini, H. (2007), *La metafísica eres tú: una reflexión ética sobre la intersubjetividad*. Santiago de Chile: Catalonia.

Grau D., Olga (2007), “Una necesaria reedición para la memoria de Chile.” *Revista Chilena de literatura*, **71**: 145-147.

Homero, *Ilíada*, Madrid: Gredos.

Lakoff, George y Johnson, Mark (1998), *Metáforas de la vida cotidiana*. España: Cátedra.

Levi, P. (2000), *Los Hundidos y los Salvados*. España: Muchnik.

Monzón, C. (2006), *Opinión Pública, comunicación y política*. 2° ed. Madrid: Tecnos.

Vernant, J.P. y Vidal-Naquet, P. (2011), *Mito y tragedia en la Grecia antigua*. Barcelona: Paidós